

Raymond Williams: ¿la última esperanza? Reflexiones en torno a su concepción de hegemonía

Alvaro de Giorgi Lageard

Departamento de Antropología Social, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República, Uruguay
Mail: aldegiorgi@adinet.com.uy

Introducción

En la actualidad, Raymond Williams es un referente central del pensamiento social de nuestra época. Lo es para los Estudios Culturales que lo han instituido como uno de sus principales "padres fundadores"; no obstante ello, el entusiasmo con Williams rebasa la atracción que producen éstos, puesto que no necesariamente ocurre solamente de la mano de la aceptación de los planteamientos epistemológicos, teóricos y metodológicos de dicha tendencia intelectual. En efecto, el interés por Williams se da también en campos disciplinarios más establecidos, como los estudios sobre comunicación, la sociología de la cultura o aún de tradiciones disciplinarias de más antigua estirpe, como la historia o la antropología, en las cuales al interior de las mismas han surgido aproximaciones que recurren a su pensamiento para renovar sus perspectivas teórico-metodológicas¹. Su obra

ha pasado a engrosar la bibliografía básica de las carreras de diversas disciplinas de las ciencias sociales en diversas partes del mundo. Sus reflexiones teóricas se encuentran reiteradamente citadas en las obras de autores contemporáneos de distintas procedencias disciplinarias, teóricas y geográficas. Y al interior del marxismo, en especial el académico, se lo estima –no sin polémicas– como uno de los autores que más han contribuido a repensar críticamente dicha tradición intelectual.

Por todo ello se justifica plantear un trabajo en donde efectuar una aproximación a su obra. En el presente texto, he optado por circunscribirme a la exploración de sus ideas respecto al concepto de hegemonía. En cierto modo, algunas de las razones para tal elección ya las adelanté en la nota a pie, al hacer referencia a que en el campo disciplinar del que me siento más familiarizado, la antropología política, se está recurriendo a

¹ A modo de ejemplo, puedo citar lo que sucede con la utilización del pensamiento del autor en uno de los campos académicos en que estoy más familiarizado por razones de desempeño profesional, la antropología política. En esta área o sub-área disciplinar, objeto – como todas- de grandes transformaciones en los últimos años, se viene desarrollando una línea temática que se ha dado en llamar "dominación y resistencias" en la cual se procura problematizar las relaciones asimétricas de poder establecidas a partir de la expansión colonial de occidente sobre los pueblos y culturas "tradicionales". Para repensar esta relación, antes ignorada por la "antropología política clásica" es que se recurre al concepto de hegemonía, y según algunos autores, ello parece estar ocurriendo fundamentalmente a partir de la concepción de Williams. En una de las revisiones más actualizadas del campo, el libro *El poder y sus disfraces*

del antropólogo británico John Gledhill, de la Universidad de Manchester -uno de los centros académicos con mayor tradición de la subdisciplina- se sostiene al presentar el capítulo 4 titulado "Antropología política del colonialismo: un estudio de la dominación y la resistencia" que "en el seno de la propia antropología, algunos autores, como Keesing, y Jean y John Comaroff (1992), han acudido en busca de inspiración teórica al marxismo heterodoxo de Antonio Gramsci (Hoare y Nowell Smith, 1971). Sin embargo, Kutz (1996) ha puesto en duda hasta qué punto determinadas referencias antropológicas a la "hegemonía" reflejan las propias ideas de Gramsci, y no las de Raymond Williams, cuya versión encaja más cómodamente con el concepto de "cultura" de la antropología tradicional." (Gledhill, 2000: 115)

su concepción de hegemonía para repensar los análisis sobre cultura y poder en el área temática de investigación mencionada. Pero más allá de este campo particular, no es ninguna novedad que el concepto de hegemonía sigue siendo hoy día de gran relevancia para la teoría social en general.

El punto de partida de este examen consistirá precisamente en exponer una ubicación panorámica de la importancia del concepto para las ciencias sociales y para la corriente teórica en que fue gestado, el marxismo. En segundo término, se procederá a presentar el proyecto intelectual general que Williams se propuso sintetizar en *Marxismo y Literatura* y el lugar que ocupa en el mismo sus reflexiones sobre la hegemonía. El siguiente apartado girará en torno a la delimitación de la especificidad que el autor le aportaría al concepto de hegemonía, intentando identificar aquellos rasgos que más lo diferencian de la perspectiva de Gramsci, su más preclaro antecesor. Por último, luego de este periplo, intentaré dar paso a una reflexión general de carácter conclusivo sobre lo revisado en los ítems anteriores.

La tradición marxista, la hegemonía y las ciencias sociales

Como punto de partida para precisar la relevancia del concepto en las ciencias sociales y en la perspectiva teórica en que se gestó el concepto -el marxismo-, es importante tener presente el doble carácter de dicha tradición intelectual. El marxismo, por un lado, pretende ser una ciencia que procura explicar el funcionamiento de la sociedad de una manera coherente y lógica a través de conceptos precisos; pero al mismo tiempo, se concibe como una ideología política orientada a desarrollar una estrategia de lucha de la clase obrera con el fin de lograr su emancipación y el socialismo.

Desde su surgimiento, y durante mucho tiempo, (con innumerables variantes que resulta imposible dar cuenta aquí), coexistieron sin mayores problemas el marxismo "teórico" y el "político", en lo que

se ha dado en llamar las corrientes más "ortodoxas" de dicho pensamiento. Para éstas, la estructura de poder de la sociedad capitalista es concebida de modo "piramidal". Si bien, integrada por distintas clases sociales, lo que caracteriza al sistema como tal es la dinámica resultante del conflicto antagónico entre las dos clases sociales específicas de dicho modo de producción: la burguesía, en tanto clase dominante, y el proletariado, en tanto principal clase explotada. El vértice extremo "superior" de la pirámide está ocupado por esta clase dominante que lo es tal porque detenta el monopolio de los medios de producción material, de los medios de coerción (la violencia directa, la fuerza, ejercida por medio del control del Estado) y de los medios de producción simbólica (ideología); mientras que en la base de la pirámide se ubican las clases explotadas, que carecen de todo lo anterior. Siempre según esta línea de pensamiento "ortodoxa", este acceso diferenciado, tan extremo e inequitativo de las posiciones a los espacios de poder dentro del orden político de la sociedad capitalista, está fundado y determinado materialmente, de acuerdo a la inserción en la estructura material. Como se dijo, entre las clases explotadas resalta el proletariado, que cuenta exclusivamente con su capacidad de organización y su toma de conciencia; pero no sólo con ello, también tiene de su lado el futuro, asegurado por las leyes infalibles del materialismo dialéctico, que en su carácter de tal, también determinan que inexorablemente a través de su lucha, el proletariado revertirá su actual condición para erigirse en la fuerza ascendente que no sólo logrará su propia abolición sino parirá un tipo enteramente nuevo de sociedad en que no existirá explotación ni alienación. Y este mañana, en los planteos más clásicos de esta formulación teórica, está muy próximo, ahí nomás, o -ya producida la revolución rusa-, ésta se constituyó en la prueba más contundente de que la era del socialismo ya se había iniciado, era una realidad. La estrategia de lucha política concomitante a esta teoría social es muy nítida: desarrollar la conciencia de la clase trabajadora, organizar el partido, para tomar el Estado burgués por medio de la fuerza cuando la ocasión lo permita.

Pero una vez que la revolución no llegó como se suponía que tenía que llegar a

los lugares donde la teoría predecía que iba a llegar primero, allí donde el capitalismo, las fuerzas productivas del modo de producción estuvieran más desarrolladas, es decir, los países más avanzados de Europa Occidental, la teoría general debe ser corregida, se requiere de hipótesis *ad hoc*. Es cuando Gramsci, resignificando el uso que le da Lenin, propone el concepto central de hegemonía acompañado de una batería de conceptos y supuestos complementarios para tratar de comprender con mayor profundidad la particularidad de la estructura de poder de dichos países, y concomitantemente plantear una nueva estrategia política de conducción de la revolución.

Gramsci retoma de Lenin la noción de hegemonía como el proceso activo que debe desarrollar una clase fuerte, protagónica, para liderar la conducción política en una determinada coyuntura sobre un espectro más amplio de clases y fracciones.² Pero a

² Si bien Marx lo utiliza en el Manifiesto Comunista, el término "hegemonía" es utilizado por vez primera con relevancia por el pensamiento marxista a inicios del siglo XX, en Rusia, en los prolegómenos de la revolución, en un contexto estructural impensado por los clásicos: una burguesía débil, un proletariado en conjunto con otros sectores subalternos en ebullición, enfrentando a la todavía dominante aristocracia. La pregunta central planteada al interior del debate entre las organizaciones políticas de inspiración socialista fue ¿qué hacer?, ¿esperar a que ocurrieran las leyes inevitables de la historia formuladas por Marx y Engels?, ¿o precipitar los hechos?, o sea, actuar. Como es sabido, Lenin propició esto último frente a la estrategia socialdemócrata. Actuar, conducir la acción, para lo cual hay que articular fuerzas e intereses distintos entre las clases y fracciones de clase que se oponen al régimen, para cumplir con la revolución democrático-burguesa y la socialista <<de una vez>>, bajo la guía del proletariado en tanto nueva clase fuerte emergente. La noción de "hegemonía" entonces nace en el marxismo estrechamente asociada a las ideas de acción frente a pasividad, y de dirección política de una clase fuerte, protagónica -en esta coyuntura histórica muy particular es el proletariado- sobre un espectro más amplio de sectores sociales. La presencia de estos otros sectores y fracciones de clase, conlleva a su vez la idea de negociación de intereses, lo que implica también, concesiones desde el sector que posee la dirección del conjunto. No obstante, la concepción leninista de la hegemonía da más relevancia a la presencia de la acción y la movilización más que a los acuerdos, el sustento principal de la clase fuerte reside en su capacidad para movilizar y llevar a cabo grandes operaciones de fuerza. El escenario privilegiado donde construir la hegemonía es lo político: el Estado, y los frentes de lucha de las masas que conducen directamente a él (la calle, barricadas, levantamientos, huelgas insurreccionales, etc.). Los actores básicos involucrados en la construcción de la hegemonía son los partidos y demás organizaciones de masas de los sectores subalternos, en particular el partido de la clase

diferencia de aquel, Gramsci introduce una distinción conceptual de dos mecanismos básicos de legitimación según se sustenten en el uso de la fuerza o en la construcción del consenso. Cuando en un proceso de construcción de poder se privilegia lo primero -el uso de la fuerza, la coerción directa- se está frente a una situación definida como "dominación". Pero existe también una segunda modalidad de legitimación -si se quiere más <<sutil>>- que se desarrolla en el plano ideológico-cultural, la cual tiene por fin organizar el consenso entre los diferentes intereses y visiones del mundo de las distintas clases. Esta construcción simbólica se logra a través de un proceso activo en que la clase dominante le impone al resto su visión del mundo y sus propios intereses como si fueran los del conjunto de la sociedad, labor que es realizada tanto por medio de la manipulación simbólica de las representaciones de los sectores subalternos como a partir de su consentimiento y participación consciente en negociaciones y concesiones mutuas. Esta labor constructiva en el plano ideológico-cultural es entonces lo que constituye específicamente la "hegemonía" a diferencia de la <<pura>> dominación.

Concomitantemente, de la mano de esta primera gran distinción, si se quiere fundacional de la reformulación teórica gramsciana, el autor plantea una serie de conceptos asociados tales como "dirección política" y "dirección intelectual y moral" o "sociedad política", "sociedad civil" y "Estado ampliado". La "sociedad política" está conformada por los órganos específicos del gobierno y el Estado cuya finalidad es asegurar el monopolio de la violencia <<legítima>> por parte de la clase dominante por medio de instituciones tales como las fuerzas armadas, policía y el sistema jurídico; en cambio, la "sociedad civil" está conformada por un conjunto de instituciones tales como el sistema escolar, partidos políticos, asociaciones religiosas, sindicatos y los medios de comunicación, cuya finalidad es producir y difundir

obrera, y específicamente sus líderes. La prioridad dada al espacio político por sí mismo significó un cuestionamiento al economicismo en la forma en que el marxismo clásico pensó el cambio hacia un orden social diferente, puesto que no hay nada asegurado de antemano, por eso hay que actuar, crear la hegemonía.

representaciones simbólicas, valores e ideologías.³

Estas conceptualizaciones complejizan la "superestructura" de la sociedad, dan cuenta de una mayor mediación entre "superestructura" y base material de la cual supuestamente la primera sólo sería una mera adecuación a las relaciones sociales de producción según las perspectivas más ortodoxas. Entonces el Estado ya no es exclusivamente el espacio en que la clase dominante organiza su poder a través de un aparato coercitivo, esto debe ser sustituido por el concepto de "Estado ampliado" conformado por la sumatoria de la "sociedad política" y la "sociedad civil", combinación que si bien en ocasiones actúa complementariamente no está exenta de contradicciones y tensiones entre ambas <<esferas>>.

A partir del desglose conceptual de estos dos ámbitos diferenciados en que se afirman las relaciones de poder, el que considera más propiamente específico de la construcción de la hegemonía según el autor es -a diferencia de Lenin que priorizaba los escenarios más propiamente políticos de control del Estado o de acceso a él-, es el de las instituciones de la sociedad civil. Del mismo modo, si la cuestión de la construcción de la hegemonía sigue siendo una cuestión de relaciones entre clases sociales, los actores sociales principales implicados en la elaboración de la misma no comprende tanto a los líderes y activistas políticos o sindicales de los partidos políticos, como fundamentalmente a los intelectuales más o menos "orgánicos" de estas organizaciones y de aquellas más independientes que estructuran la sociedad civil.

Esto en lo que respecta a los ajustes teóricos, pero si retomamos ahora la cuestión de los ajustes -también teóricos- en la

formulación de la estrategia política, una vez que se considera según la perspectiva gramsciana a los Estados liberales democráticos de los países capitalistas más avanzados de Europa Occidental, como un tipo particular de realidad sociológica, los cuales tienen su sustento principal a nivel de la "superestructura" y no de la base material, la alternativa específica a desarrollar para su derrocamiento consistiría en llevar a cabo una "guerra de posición" en el plano de la "sociedad civil", por medio de una política de alianzas amplia, que socavara lentamente, paso a paso, el bloque hegemónico elaborado por la burguesía y al mismo tiempo fuera entretejiendo una nueva articulación contrahegemónica, tarea en la cual los intelectuales orgánicos resultan claves.

Existen distintas interpretaciones respecto a si Gramsci dejó de lado totalmente la vía armada en un combate final como instancia última de acceso a la toma del poder, o si su perspectiva es compatible con una combinación de lucha ideológica y armada a la vez dentro de la lucha política general por la implantación del socialismo; pero lo que interesa resaltar aquí es que - más allá de sus ambigüedades y las diferentes lecturas y apropiaciones que puedan ser efectuadas respecto de sus ideas- su replanteo teórico de los principios fundamentales del marxismo estuvieron orientados básicamente a reencauzar la vía más adecuada para llevar a cabo la revolución. La pregunta inicial que lo llevó a plantear en un primer plano el concepto de hegemonía para las particularidades de Europa Occidental fue ¿por qué fracaso aquí la revolución?, acompañada enseguida de ¿cómo es posible llevarla a cabo entonces?

Para culminar este apartado deseo decir unas palabras respecto a la significación de la introducción del concepto de hegemonía para el marco más general de la teoría social, es decir, para el conjunto de las ciencias sociales, y no exclusivamente para la teoría marxista. El área temática en cuestión aquí lo constituyen las relaciones de poder en el capitalismo avanzado.

La introducción del concepto de hegemonía permite pensar en formas más flexibles de distribución del poder en este tipo de sociedad; es más, permite pensar en el establecimiento de relaciones de poder, no como en el marxismo ortodoxo cuya única

³ Estas conceptualizaciones refieren a lo que Perry Anderson define como el "primer modelo" de Gramsci, el más generalmente aceptado, aunque no el único, puesto que como claramente expone en su revisión crítica dicho autor, la obra de Gramsci presenta diversas variantes respecto de estas categorías: "se pueden discernir simultáneamente tres versiones diferentes de las relaciones entre los conceptos clave de Gramsci respecto a las estructuras del poder burgués en Occidente. (...) Se respetarán en particular las oposiciones binarias de "Estado y sociedad civil" y "coerción y consenso" como elementos centrales del discurso de Gramsci (Anderson, 1987:84).

posibilidad de relación entre la clase dominante y la dominada es un choque abierto, frontal y total una vez que estén dadas las condiciones "objetivas" y "subjetivas". Al incorporar mucho más enfáticamente que en toda versión anterior dentro del marxismo, la importancia de lo ideológico y lo "superestructural" en general y al mismo tiempo restarle significación a la fuerza y la determinación material como único fundamento de legitimidad en los procesos de lucha política, el concepto de hegemonía permitió pensar la dominación de otra manera, mucho más flexible y abierta, no como forma completa y total de dominio de un sector social sobre otro.

El proyecto general de *Marxismo y Literatura*

La primera característica destacada de *Marxismo y Literatura* es su naturaleza exclusivamente teórica. La segunda, su sistematicidad, el texto va hilvanando una unidad y coherencia a lo largo del mismo a tal punto que se podría afirmar que -casi como una homología con la temática que discurre en sus páginas-, toda la obra constituye un complejo proceso total de ideas, conceptos y proposiciones interrelacionadas entre sí. Esto asombra aún más si se considera la obra del autor en conjunto, puesto que según afirma en la introducción, este libro fue concebido para exponer con mayor extensión el tratamiento de la teoría de lo trabajado empíricamente en otras obras. No por casualidad Stuart Hall refiere a *Marxismo y Literatura* como las "magistrales condensaciones de Williams" (Hall, 1994: 12). Una tercera: lo ambicioso de su alcance. El autor se propone recuperar, lo que entiende, el sentido filosófico-epistémico original de la teoría marxista en general, a partir de la reconsideración de los vacíos y problemas que tiene el marxismo con la esfera "cultural". Para cumplir con ello, su propuesta de trabajo consiste en visitar críticamente el marxismo clásico y lo que para entonces considera las reformulaciones más recientes (la escuela de Frankfurt, Gramsci, Luckács, etc.) de la teoría cultural dentro del marxismo, explorando sus distintas variantes, alcances y limitaciones, y

exponer sus propias ideas para superar las insuficiencias de estos desarrollos teóricos previos. Estas ideas, largamente trabajadas, constituyen una nueva aproximación que denomina "materialismo cultural", la cual si bien implica una reconfiguración profunda de lo que se entiende tradicionalmente por marxismo, sigue siendo -desde su punto de vista- una teoría propiamente marxista.

Este proyecto se ubica más específicamente en la segunda parte del libro, titulada precisamente, "Teoría cultural". Si bien como se afirmó anteriormente, los capítulos de esta sección constituyen un todo interrelacionado, y destacar alguno en particular es dificultoso, ciertos pasajes resultan claves para identificar el objetivo central del proyecto intelectual de Williams en este texto. En este sentido, se puede señalar como uno de estos pasajes, sus tres capítulos iniciales, donde se procede a deconstruir la metáfora de "base y superestructura" del marxismo clásico y las nociones de "determinación" y "fuerzas productivas" asociadas a la misma, que constituyen proposiciones sumamente identificadas al pensamiento marxista de todos los tiempos. Williams critica aquí la división entre "áreas" separadas, su reificación en conceptos abstractos y la jerarquización establecida entre lo primero sobre lo segundo, sin tomar en cuenta los procesos reales y concretos de la experiencia humana como un todo. Es ésta una idea fundamental de todo el libro, el recuperar para el materialismo histórico una concepción donde lo simbólico es constitutivo de lo material en un mismo proceso indisoluble:

"sólo cuando comprendemos que la "base" es en sí misma un proceso dinámico e internamente contradictorio puede dejarse atrás la noción de "área" o de una categoría con ciertas propiedades fijas."⁴

En el centro de la proposición base-superestructura se halla la noción de "determinación"; no hay problema más difícil según Williams, es lo que más se le señala críticamente al marxismo por parte de sus detractores: su reduccionismo y

⁴ Todas las citas de Williams corresponden a *Marxismo y Literatura* (Williams, 2000).

determinismo. En este sentido, discute la noción de "determinismo abstracto" proponiendo su superación por una forma de determinación más contextual que tenga presente las limitantes particulares de cada momento histórico y que evite caer en las mistificaciones de carácter predictivo sustentadas en las categorías autónomas. Lo mismo ocurre con la noción de "fuerzas productivas".

Esta revisión de las problemáticas asociadas al modo de concebir la base/superestructura, la determinación y las fuerzas productivas, acompañado de las proposiciones que reencauzan una concepción más ajustada al proceso social real, constituye de algún modo la <<base>> en que cimienta sus ideas posteriores respecto de las consecuencias para la teoría cultural del marxismo clásico –la metáfora del "reflejo" respecto del arte-, y respecto de los intentos desarrollados para su superación por parte de las variantes más recientes del pensamiento marxista –"imágenes dialécticas" desarrollada por la Escuela de Frankfurt, "correspondencias" de W. Benjamin, "homología", etc.-. Este núcleo de intereses constituye el segundo pasaje de importancia de esta sección II de *Marxismo y Literatura*, a la cual le continúa, como tercer momento clave, la exposición de sus propias propuestas conceptuales alternativas para la renovación de una sociología de la cultura, entre las cuales resalta, como concepto enteramente nuevo y sintetizador, el de "estructuras del sentir".

La consideración de la noción gramsciana de "hegemonía" transita entre el segundo y tercero de estos momentos; entre el final de la revisión de la serie de intentos conceptuales promisorios pero en última instancia, insuficientes, y la exposición de los más adecuados, los suyos propios. El concepto de "hegemonía" sería el más productivo teóricamente de todos,

"tampoco pueden incorporar plenamente a las prácticas contemporáneas, ello sólo es posible si se tiene en cuenta el concepto más elaborado de hegemonía"

el punto más alto del "resurgimiento del pensamiento marxista", que es lo que le

permite hablar de la existencia de una "teoría cultural marxista". Constituye una instancia bisagra en el itinerario de exposición de su "teoría cultural", el punto de articulación entre la revisión crítica del "determinismo abstracto" y la exposición de razones para proponer el concepto de "estructuras del sentir". Es la noción teórica que más rescata del pensamiento del que se siente parte –el marxismo-, y por ello, la que más le permite establecer una continuidad con el mismo, a partir de lo que define como materialismo cultural.

Sin embargo, es pertinente para este trabajo, volver a remarcar que el concepto se halla en el límite del interés para el autor, siendo lo más significativo de lo que en última instancia descarta por insuficiente. Y a ello debe agregársele que su interés central radica en examinarlo desde su proyecto de reformulación (o directamente, creación), de lo que define como "teoría cultural marxista", dejando a un lado, las implicaciones del concepto para la "teoría política marxista"...

"Cualesquiera que sean las implicaciones del concepto para la teoría cultural marxista (que todavía debe reconocer muchos tipos de control político directo, de control de clase y de control económico, así como esta formación más general), los efectos que produce sobre la teoría cultural marxista son inmediatos..."

La especificidad de Williams en torno a la noción de hegemonía

Pasando a enfocar directamente nuestra atención sobre sus ideas respecto de este concepto, un primer rasgo a destacar refiere a la importancia de las prácticas de los actores concretos

"La hegemonía constituye todo un cuerpo de prácticas y expectativas en relación con la totalidad de la vida: nuestros sentidos y dosis de energía, las percepciones definidas que tenemos de nosotros mismos y de nuestro mundo. Es un vívido sistema de significados y valores -fundamentales y

constitutivos- que en la medida en que son experimentados como prácticas parecen, confirmarse recíprocamente. Por lo tanto, es un sentido de la realidad para la mayoría de las gentes de la sociedad."

La hegemonía, en concordancia con el pensamiento de Gramsci, es en primera instancia un conjunto de significados, valores, percepciones del mundo. Pero no es exclusivamente eso para Williams, y aquí radica su primera novedad, puesto que al ser experimentados como prácticas, en el pasaje de los significados y valores a las prácticas mediado por las experiencias de los sujetos, es que se constituye un sentido particular de la realidad, el cual nunca es constituido exclusivamente a partir de los primeros. Si bien señala en un primer momento que "se confirman recíprocamente", lo que conduciría a pensar que los valores se reproducen in toto, su idea más ajustada sería que

"La conciencia práctica siempre es algo más que el dominio de formas y unidades establecidas. Existe con frecuencia una tensión entre la interpretación recibida y su experiencia práctica (...) Esta tensión se manifiesta, a menudo, como una cierta incomodidad, una presión, un desplazamiento, una latencia"

"Si las presiones y los límites de una forma de dominación dada son experimentados de esta manera e *internalizados en la práctica*, toda la cuestión de la dominación de clase y de la oposición que suscita se ha transformado." (énfasis original)

Esta última aseveración parece expresar más contundentemente el pensamiento del autor sobre este punto, y su relevancia para una teoría sobre las relaciones de poder en una sociedad de clases.

Un segundo aspecto a señalar de su concepto refiere al carácter de "totalidad" que posee la hegemonía; constituye "todo un cuerpo" –de significaciones y prácticas- en relación con "la totalidad de la vida". En la concepción gramsciana de la hegemonía adquiere una mayor relevancia lo "superestructural" para explicar la construcción política de un orden social, y en su interior, si bien la cultura es considerada, se enfatiza el plano social –en su terminología

la "sociedad civil"- como el escenario más relevante donde en última instancia se juega el destino de toda construcción de poder.

No es el caso de Williams, para quien lo hegemónico se despliega en el conjunto del proceso social considerado como un todo. No obstante, en cierto sentido sí puede afirmarse que su concepción también profundiza el énfasis en lo "superestructural", al subrayar la significación del plano cultural, o sea, al extender los procesos que ocurren en el plano de la sociedad civil gramsciana, al campo cultural, a lo que hay que agregarle que entiende la cultura de un modo sumamente abarcativo. Comprende desde los estilos de vida, las prácticas cotidianas de la gente, de todos los grupos sociales, incluso los subalternos (a los que en otras acepciones no se les reconoce el ser portadores de cultura) - la cultura "común" en oposición a lo que desde una perspectiva elitista se autodefine como "refinada"-, pero también a ésta última –las expresiones más legitimadas de lo cultural- aunque considerada no como manifestaciones de un genio creador sino como productos sociales que se gestan y circulan a través de instituciones y convenciones específicas tales como "literatura", "géneros artísticos", etc. Lo cultural es la compleja imbricación de todo ello: conductas, prácticas, instituciones, géneros, etc. A tal grado es significativo lo cultural en Williams que expresa que la hegemonía puede entenderse como sinónimo de cultura, a condición de que se recuerde que es una cultura en una sociedad de clases.

"Es decir que, en el sentido más firme, es una «cultura», pero una cultura que debe ser considerada asimismo como la vívida dominación y subordinación de clases particulares"

Pero aquí es importante recordar las ideas fundamentales de Williams expuestas en la primera sección de "Teoría cultural". En su concepción se profundiza el alcance de la hegemonía en el proceso social en general puesto que en su perspectiva lo cultural está estrechamente imbricado a lo económico y lo político. Para él no es correcto teóricamente establecer una prioridad de lo material sobre lo simbólico, puesto que todo fenómeno social es a la vez material y simbólico; la cultura es

un elemento configurador de las relaciones sociales, del mismo modo que éstas configuran a aquella.

“El trabajo y la actividad cultural no constituyen ahora, de ningún modo habitual, una superestructura: no solamente debido a la profundidad y minuciosidad con que se vive cualquier tipo de hegemonía cultural, sino porque la tradición y la práctica cultural son comprendidas como algo más que expresiones superestructurales -reflejos, mediaciones o tipificaciones- de una estructura social y económica configurada. Por el contrario, se hallan entre los procesos básicos de la propia formación y, más aún, asociados a un área de realidad mucho mayor que las abstracciones de experiencia «social» y «económica».”

Un corolario de estas ideas es que no existan actores privilegiados en relación al trabajo de implementación de una hegemonía. Para Gramsci, la construcción de una hegemonía se dilucida en ciertos escenarios, involucrando a los intelectuales como los actores más directamente responsables de su generación y propagación. Para Williams no, ni escenarios específicos puesto que ocurre en todo el proceso social total, ni en consecuencia, actores privilegiados. Todos los actores sociales, todos los grupos sociales participan del proceso hegemónico. Incluso aquellos socialmente desfavorecidos, los pertenecientes a sectores subalternos, los cuales cuentan con sus propias maneras de interactuar con los límites y presiones efectivos que reciben sobre ellos, al desarrollar como se señaló al principio sus propias prácticas y experiencias activas específicas.

“Las gentes se ven a sí mismas, y los unos a los otros, en relaciones personales directas; las gentes comprenden el mundo natural y se ven dentro de él; las gentes utilizan sus recursos físicos y materiales en relación con lo que un tipo de sociedad explícita como «ocio», «entretenimiento» y «arte»: todas estas experiencias y prácticas activas, que integran una gran parte de la realidad de una cultura y de su

producción cultural, pueden ser comprendidas tal como son sin ser reducidas a otras categorías de contenido y sin la característica tensión necesaria para encuadrarlas (directamente como reflejos, indirectamente como mediación, tipificación o analogía) dentro de otras relaciones políticas y económicas determinadamente manifiestas.”

Esta extensión del campo donde se efectiviza el proceso hegemónico puede llevar a pensar que reafirma una concepción que sobredimensiona el poder de la clase dominante al concebir a la hegemonía presente en todos los ámbitos, más allá de que las prácticas puedan atenuar dicho poder. Sin embargo el autor al mismo tiempo que subraya la extensión del proceso hegemónico a todos los campos de lo social (o a lo social en general, entendido como un solo gran campo complejo), advierte también que en cada instancia concreta real temporal que se considere, la hegemonía coexiste con expresiones contrahegemónicas o de hegemonía alternativa. Si bien no es muy preciso respecto de qué entiende por estos conceptos, esta idea está más claramente expresada en la propia definición de hegemonía como proceso activo, permanentemente expuesta a lo largo del texto.

“Una hegemonía dada es siempre un proceso. Y excepto desde una perspectiva analítica, no es un sistema o una estructura. Es un complejo efectivo de experiencias, relaciones y actividades que tiene límites y presiones específicas y cambiantes.”

“Debe ser continuamente renovada, recreada, defendida y modificada. Asimismo, es continuamente resistida, limitada, alterada, desafiada por presiones que de ningún modo le son propias.”

O más nítidamente aún, la idea de contrahegemonía se expresa a través de los conceptos de cultura dominante, residual y emergente, que resultan muy útiles para dar cuenta de lo hegemónico como proceso dinámico y heterogéneo por <<naturaleza>>.

Como se señaló anteriormente, la introducción del concepto de hegemonía por Gramsci implicó, entre otras cosas, la relativización del poder de las clases dominantes para subordinar totalmente a las clases subalternas. La concepción de Williams radicaliza aún más este matiz, al concebir la hegemonía como un proceso mucho más dinámico y cambiante, en permanente reconstitución, a partir de su continuo cuestionamiento desde la cotidianeidad de las prácticas y desde los más variados e insospechados escenarios y actores del conjunto de la sociedad. Vale recordar en este sentido que para Gramsci tanto la hegemonía como la contrahegemonía implican una cierta estabilidad temporaria, una alianza de cierta duración para ser tales, la articulación de "bloques históricos"; a su vez, la estrategia de "guerra de posición" supone una construcción lenta y prolongada de acumulación de fuerzas para establecer un proyecto de por lo menos, mediano plazo, a la espera de una instancia cúlmine donde se produzca la "crisis orgánica". Asimismo, su conceptualización implica la posibilidad de circunstancias en que no haya contestación -o sea que se extienda totalmente la ideología dominante como versión única-, o circunstancias en que haya un vacío hegemónico, o sea que no haya ideología dominante pero tampoco algo que la sustituya. También ha dado lugar a la supervivencia de interpretaciones dicotómicas simplistas fundadas en la polaridad entre "cultura hegemónica" versus "cultura subalterna". Nada de esto ocurre en la perspectiva de Williams, dada su concepción de las complejas interacciones de control, selección e incorporación que ocurren en el proceso de la hegemonía. En su versión, toda relación de poder se procesa en una continua tensión, implica un orden inestable por naturaleza, siempre -en todo momento y lugar- hay un grado de lucha, de contestación.

Por último, la perspectiva de Williams posee una apertura más flexible que el marco teórico de Gramsci para considerar las formas de conciencia más asistemáticas, fragmentadas, particulares, que no requieren de un nivel de formalización, ni de conciencia política, ni de intelectuales que las organicen:

"La conciencia relativamente heterogénea, confusa, incompleta o inarticulada de los hombres reales de ese período y de esa sociedad."

Final: ¿avance teórico o "tabla de salvación"?

El marxismo constituye una de las apuestas teóricas más comprometidas dedicadas a intentar comprender, y a partir de ello transformar, las estructuras de poder de la sociedad capitalista. Más allá de su calificación -a posteriori- como "ortodoxa", de los muchos cuestionamientos y problemas que se le han ido señalando, la teoría clásica respecto a dicha estructura de poder, no deja de ser una construcción teórica fundada y coherente en muchos de sus presupuestos e implicancias. En realidad, nunca ha dejado de rondar como un fantasma en todas las readaptaciones y variantes que han intentado corregirla o superarla, pero siempre a partir del mantenimiento de un tronco común, que pervive.

Sin duda que un gran problema lo constituye la no confirmación histórica de una de sus principales tesis, la inminencia de la revolución socialista en los países capitalistas avanzados a partir de la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción. Desde el punto de vista teórico, esto tuvo como consecuencia que fuera perdiendo eficacia, y al mismo tiempo, "degenerara" en otra cosa, puesto que el factor tiempo era constituyente central de los presupuestos teóricos. Así, con el correr del tiempo, del lado de las clases explotadas, primero perdieron lo más valioso con que contaban para contrarrestar el poder de la clase dominante: la utopía, la infalibilidad de que el futuro estaba de su lado, la inminencia de una pronta "inversión del mundo", comprobada por las leyes irrefutables de la historia; en segundo lugar, la toma de conciencia y organización política en los partidos comunistas de dichos países no fue lo que se esperaba; en el camino quedó también la experiencia de la URSS que pasó en el correr del "siglo XX corto" de representar el "faro de la revolución mundial" a contraejemplo y rotundo fracaso histórico; por último, en el umbral del siglo XXI, ya ni

siquiera quedan los obreros industriales típicos... Mientras tanto, del lado de los poderosos considerados desde la teoría clásica, la realidad histórica no les hizo perder nada, manteniendo el control de la producción material, la coerción y la ideología, pero a su vez pasaron a ser también los dueños del futuro, sin nada que los amenace en el horizonte.

Con Gramsci, el marxismo "político" encontró al menos un alivio, una explicación de por qué no ocurrió tal como se preveía la revolución en el tiempo y forma que debería haber sido, y algo más que ello, una densa elaboración teórica (aunque también no exenta de ambigüedades y problemas), en la que se plantea una alternativa que gira en torno a la prioridad de la lucha ideológica. En cuanto a la teoría social, su perspectiva como se señaló, implicó un cambio en la concepción de las relaciones de poder. Los poderosos, ya no las tienen todas consigo, la dominación no está asegurada de antemano ni materialmente ni por la fuerza por sí sola, puesto que la hegemonía implica una tarea ardua de mantenimiento y reafirmación constante del poder; mientras que los sectores sociales subordinados, cuentan consigo con más posibilidades y márgenes para la (re)acción.

Con Williams la rigidez y verticalidad de la estructura de poder se difumina mucho más, si bien en su propuesta teórica el capitalismo sigue siendo pensado como un poderoso sistema de dominación clasista, las relaciones de poder dentro del mismo son concebidas de modo más flexible, y abiertas. A los poderosos se les complica aún más la tarea que en la concepción gramsciana, mientras que los subordinados ganan para sí el contar con sus prácticas y experiencias. Si el mantenimiento de la teoría clásica implica la pérdida del futuro, bajo la concepción de Williams las clases subalternas recuperan para sí el presente, la vida cotidiana. En cierto modo cuentan también con el pasado de sus trayectorias particulares, de perfiles comunes y comunitarios, donde apoyarse y refugiarse en espacios donde la dominación nunca llega porque no puede abarcarlo todo, porque la vida puede más. En cierto modo el futuro está también más al alcance, una vez que se ha disuelto la división entre lo material y lo simbólico, y la cultura es concebida como

una herramienta central de la lucha por modificar las relaciones de poder.

Pero si desde un punto de vista teórico –tanto para el marxismo en particular como para las ciencias sociales en general– esto puede considerarse un avance en la forma de comprender la complejidad de las relaciones de dominación en la sociedad contemporánea, y debido a ello es que pueda explicarse la popularidad actual de Williams en distintos ámbitos de la academia tal como hacemos referencia en el inicio de este trabajo; considerado en lo que hace a una de los rasgos esenciales del marxismo –la combinación de la teoría y práctica como guía para la acción revolucionaria–, su enfoque teórico deja mucho que desear. Es por lo pronto, un tema prácticamente ausente de sus preocupaciones centrales. *Marxismo y Literatura* en general, y los capítulos dedicados a la hegemonía en particular, rebosan de comentarios respecto a las consecuencias teórico-metodológicas de utilizar tal concepto o tal otro, tal perspectiva o tal otra. Sin embargo, brillan mayormente por su ausencia, las consecuencias de tipo político, por no decir la formulación o sugerencia de algún tipo de "estrategia" para la orientación de la praxis revolucionaria.

Respecto de este aspecto de su pensamiento, resulta sugestivo que cuando otros autores, sin una identificación marxista declarada o directamente no marxistas, plantean ideas semejantes –puesto que son ideas de la época, más que de pertenencia exclusiva a un autor– respecto a valorizar la agencia humana y la imaginación social como herramientas con que cuentan los débiles para lograr mantener ciertos espacios de autonomía y capacidad de resistencia (para citar un término de moda),

"lejos de ser unos idiotas culturales por utilizar la expresión del antropólogo Clifford Geertz, las clases populares ponen en juego un repertorio de obstáculos a la dominación. Se trata del conflicto social, pero también de esa indiferencia práctica ante el discurso, que Hoggart denominaba "consumo indolente". También podría tratarse de los efectos de la burla, de la mala conciencia, del acondicionamiento de microespacios autónomos o festivos". (...) Atestiguan un potencial de acción autónomo." (Mattelart y Neveu, 2003: 62)

sin embargo, acompañado de la celebración de esta saludable apertura, sí se señalan las limitaciones políticas de tales enfoques

“Pero ¿acaso no están condenadas a una postura meramente defensiva, a éxitos parciales y provisionales, a oscilar entre el gol del honor o el corte de mangas, sin poder invertir las relaciones de fuerzas? Hebdige expresa esta ambivalencia cuando advierte que las subculturas no son “no simple afirmación ni rechazo, ni “explotación comercial”, ni “auténtica revuelta” (...). Se trata, a la vez, de una declaración de independencia, de alteridad, de intención de cambio, de rechazo del anonimato y de estatus subordinado. Es una insubordinación. Y se trata, al mismo tiempo, de la confirmación del hecho mismo de la privación de poder, de la celebración de la impotencia”. (Mattelart y Neveu, 2003: 62)

Por lo general es desde posiciones marxistas donde más se critica respecto de las consecuencias políticas de nociones como “resistencia” en tanto muy circunscripta a acciones limitadas, que no generan grandes transformaciones. Pero como tendencia predominante, no ocurre lo mismo con las nociones semejantes tales como cultura emergente o residual frente a la dominante, o la de hegemonía y contrahegemonía como proceso dinámico y continuo, las cuales se celebran como un gran adelanto teórico y se oscurecen o dejan de lado sus implicancias para la acción política.

En esto influye seguramente que el descaecimiento de la teoría política marxista clásica no sólo fue un problema intelectual, sino también un problema emocional y de fe, puesto que quienes aceptaban sus principios teóricos, creían fervientemente también que prontamente iban a transformarse a sí mismos y a toda la humanidad. En este último aspecto es importante dimensionar también el significado de los aportes exclusivamente “teóricos” de Williams –y también de Gramsci-, los momentos y formas en que sus ideas emergieron. Resulta sugestivo que tanto en Gramsci como en Williams esta forma haya adoptado la modalidad de la fascinación.

En efecto, a mediados de la década del setenta, Perry Anderson comenzaba su

justificación para plantear una revisión crítica de la obra de Gramsci en aquel entonces, con las siguientes palabras:

“En la actualidad, no hay ningún pensador marxista posterior a la época clásica tan universalmente respetado en Occidente como Antonio Gramsci. (...) La reputación de Gramsci, todavía local y marginal fuera de su Italia natal a principios de los sesentas, ha adquirido, una década después, fama mundial. (...) El fenómeno repentino de esta recurrencia tan extendida a Gramsci en el seno de la cultura política anglosajona nos da pie a reexaminar su herencia en estas páginas. (...) Los ensayos que trataban de hacer realidad este proyecto fueron publicados en 1964-65. En esta época, la obra de Gramsci no era muy conocida en Inglaterra y los artículos en cuestión eran generalmente impugnados. Para 1973-1975, los temas y las nociones gramscianas de tenor similar eran ubicuas. En especial, el concepto central de “hegemonía” (...) ha gozado desde entonces de una extraordinaria fortuna. Historiadores, críticos literarios, filósofos, economistas y politólogos, lo han empleado cada vez con mayor frecuencia.” (Anderson, 1987: 65).

En los setenta, los apuntes de Gramsci en sus *Cuadernos de la Cárcel* tenían entonces ya dos décadas de haber sido publicados (en 1949), pero pasaron a constituir un referente fundamental en dicho momento, bajo la forma de “repentina recurrencia”.

A treinta años de expuesto este diagnóstico, si iniciamos la misma frase con “en la actualidad”, salvo en lo que respecta a la unanimidad respecto de las jerarquizaciones al interior del pensamiento marxista contemporáneo (lo que sería muy arriesgado de sostener), podría tacharse el nombre de Gramsci y colocar el de Williams, cambiar Inglaterra por Italia, agregar al listado de disciplinas los Estudios Culturales, y obtendríamos una frase no carente de sentido, puesto que la apropiación y consumo global de Williams en el correr de unos pocos años, ocurrió también bajo la forma de “repentina recurrencia”.⁵

⁵ En el final del prólogo a la primera edición en español del libro de Williams, *El campo y la ciudad*, editado en el año 2001, Beatriz Sarlo evoca una serie de encuentros personales en donde -en 1981 Williams en Cambridge y posteriormente a 1988 su hija durante una conferencia

A propósito de Raymond Williams

Como en aquel momento, Gramsci significó una esperanza renovadora dentro del marxismo, Williams lo es para nuestra época. Esta dimensión de la creencia debería ser también tenida en cuenta a la hora del balance de sus ideas.

en el Río de la Plata- le expresaban su gran sorpresa por el interés existente respecto a su obra desde un lugar tan distante como Argentina. Poco más de una década después -si se considera la última de las fechas mencionadas-, podría sostenerse sin dudar que la reputación de Williams, todavía local y marginal fuera de Inglaterra hasta entonces, ha adquirido ahora "fama mundial".

Bibliografía citada

Anderson, Perry (1987), "Las antinomias de Antonio Gramsci", en *Cuadernos del Sur*, n° 6, pp.63-116.

Gledhill, John (2000), *El poder y sus disfraces*, Bellaterra, Barcelona.

Hall, Stuart (1994), "Estudios culturales, dos paradigmas", en "*Causas y Azares*" n° 1, Buenos Aires.

Mattelart, Armand y Neveu, Erik (2003), *Introducción a los estudios culturales*, Paidós, Barcelona, 2003.

Sarlo, Beatriz (2001), "Prólogo a la edición en español. Raymond Williams: del campo a la ciudad", en Williams, Raymond, *El campo y la ciudad*, Paidós, Barcelona.

Williams, Raymond (2000), *Marxismo y Literatura*, Península, Barcelona.